Rosalía de Castro

Rosalía de Castro nació en 1837, murió en 1885. Vivió retirada en Galicia. Compuso poesías gallegas y poesías castellanas; escribió también dos novelas. En 1884—un año antes de morir—apareció, impreso en Madrid, su libro *En las orillas del Sar;* no se ha publicado en lengua castellana, y durante nuestro siglo XIX, un volumen de más espirituales, delicados, ensoñadores versos. Nadie habló de ese libro. ¿Como puede producirse este fenómeno en la vida de un pueblo? ¿De qué manera un acontecimiento capital, de honda trascendencia, en el pensamiento, en la estética de un país, puede pasar inadvertido? Gustaban los españoles en 1885 y siguen gustando - de la poesía brillante, artificiosa, oratoria; pero aquellos años había entre la generalidad de los escritores, espíritus selectos, delicados; ya en 1884 Leopoldo Alas había publicado dos libros de crítica: uno *La Literatura en 1881*—en colaboración con Palacio Valdés—; otro, los *Solos*. La crítica independiente se había inaugurado. Nadie, sin embargo, reparó en los versos de Rosalía de Castro cuando apareció *En las orillas del Sar*. Años después, en 1902, al formar don Juan Valera su deplorable *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX*, no incluyó en esa antología a Rosalía de Castro; hombres anodinos y mujeres insignificantes acoge Valera en su colección; ni de una página puede disponer para uno de los más grandes poetas castellanos de la decimanona centuria; en la introducción a ese repertorio nombra Valera a Rosalía; la nombra de pasada, a la par de versificatrices vulgares. Hay más: tampoco más tarde, en 1908, logró penetrar Rosalía en la no menos lamentable colección de líricos—*Las cien mejores poesías*—formada por Menéndez y Pelayo. Y hay todavía más, aunque parezca colmo increíble: Antonio de Valbuena en un trabajo—que figura en uno de sus libros—dedicado al examen de la antología de Menéndez, no se acuerda tampoco de Rosalía al citar diversos poetas olvidados o postergados por el erudito montañés.

Esta abrumadora soledad, este olvido de los contemporáneos, esta sistemática postergación, hacen profundamente simpática a Rosalía. De Valera, tan frívolo, tan dogmáticamente superficial, no es de extrañar tal desdén; con desdén eutrapélico—al igual que Campoamor - trató este escritor a pensadores y artistas de cuya idealidad no llegó jamás a enterarse. Causa profunda pena el repasar cierto período de nuestra historia intelectual en que este ligero desdén, esta superficialidad intelectual fué puesta en moda por hombres de viva inteligencia. Nadie llevó más alta esta modalidad mental que don Juan Valera y que don Ramón de Campoamor. No fué conocida Rosalía de Castro, en tanto que críticos y periodistas exaltaban a poetas brillantes, ampulosos, oratorios. Nuestra poetisa vivía alejada de Madrid; no trafagaba en el bullicio de la sociedad literaria; no mantenía correspondencia con nadie; no tenía amigos entre literatos y parlamentarios. Además, Rosalía de Castro rompía en su libro con la tradición secular de la rima. ¿Qué significaba esta manera extraña, absurda de versificar? Aparte de la métrica, cuando se lee a los poetas modernos coleccionados por Valera en su colección y luego se lee a Rosalía, se ve patentemente la honda diferencia que separa a los unos de la otra; se comprende entonces perfectamente el fracaso de Rosalía. Los poetas modernos castellanos (aludo a los que quedan citados) dan una impresión de recortamiento, de rotundidad, de aridez, de sequedad. La poesía de Rosalía, en cambio, produce una impresión de suavidad, de dulzura, de sentimentalidad íntima y efusiva, de luz difusa y vaga.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.